

presentir su advenimiento al mundo. Así el apóstol querido, despues de haber batallado en Oriente, no con las armas de la fuerza, sino con su hermosa palabra, despues de haber teñido el Evangelio con la luz purísima de su alma, al levantarse triunfante la verdad en Grecia, espira gozando de una eterna juventud, sereno como lo ha pintado el pincel cristiano, con las manos puestas en sus labios y los ojos en el cielo, pronunciando la palabra amor en los oídos de sus discípulos y subiendo al cielo dulcemente como la paloma, que despues de la tempestad, vuelve sin una mancha en sus alas á reposar tranquila en su nido. Así se extendió como árbol frondoso la verdad cristiana sobre la tierra.

DISCURSO

SOBRE LOS CARACTERES CAPITALES DE LA EDAD MEDIA
EN ESPAÑA Y EN EL RESTO DE EUROPA.

I.

SEÑORES : La vida humana se desarrolla dentro de este planeta que habitamos, primero en la naturaleza, despues en la naturaleza y en la sociedad donde adquiere toda su plenitud. El hombre fuera de la sociedad es un ente de razas, un sér imaginario como el hombre fuera de la naturaleza. Hemos nacido sociales, como hemos nacido extensos. Tenemos el espacio para nuestra extension, y la sociedad para nuestros afectos.

Y esta sociedad tiene sus leyes, como el mundo mineral su crecimiento por superposicion de

moléculas, y el mundo vegetal su respiracion por absorciones de los gases necesarios á su vida, y el mundo animal su locomocion y sus organismos. Cuando nos convenzamos de que los hechos obedecen á estas leyes sociales, comprenderemos mejor el movimiento general histórico, consolándonos de muchas desgracias y aprendiendo á fundar en base sólida nuestras esperanzas. Así como los astros cumplen matemáticamente el movimiento de rotacion sobre su eje, y el movimiento de traslacion en la elipse que alrededor del sol trazan, las sociedades cumplen matemáticamente sus periodos de renovacion, de cambio; en dos palabras, sus trasformaciones. A estas trasformaciones se les llama científicamente revolucion.

En el mundo antiguo se cumplian estas revoluciones por la idea de un hombre, por la influencia de una casta, por la virtud de una institucion; y en el mundo moderno se cumplen por un concurso mayor de todas las fuerzas sociales, por una intervencion mayor de los pueblos.

Un ejemplo bastará á establecer esta diferencia. César nace, y con César nace una revolucion en

Roma. El pueblo se entrega á un hombre, y ese hombre lo lleva á la dictadura. Pero nace Voltaire en el mundo moderno, nace Mirabeau; una idea y una palabra; ambas más fuertes que la espada de César, y no ha nacido una revolucion. Interviene un oyente poderosísimo; interviene el pueblo; y no ya el pueblo considerado como una clase, no, el pueblo considerado como el gran conjunto de todas las clases. La idea lo impulsa, lo eleva como el viento al oleaje. La sociedad no se entrega, se muere. Por un momento parecia que un hombre iba á resucitar el carácter de los tiempos antiguos; un hombre que quiso empezar á ser toda la Francia para concluir por ser toda la humanidad. Este hombre era Napoleon. Y, sin embargo, su derrota en Waterloo no significa otra cosa sino la reaccion de las grandes fuerzas sociales contra sus fuerzas individuales; la reaccion de los pueblos contra un hombre.

En la Edad media sucedia algo semejante á lo que sucedia en el mundo antiguo; solo que no era un individuo quien tomaba la direccion de estas grandes trasformaciones, era una institucion. No

conocemos en el mundo revolucion más porfiada, más tenaz, que la emprendida en la Edad media por la monarquía contra la aristocracia feudal.

Para comprenderlo basta estudiarlo en cualquier fragmento de la historia europea, en la historia de Castilla, por ejemplo. La necesidad de atender á la defensa de la tierra, atravesada por continuas invasiones, creó este caos feudal que es el principio de la Edad media. Cada hombre ha de atender casi á la defensa de la tierra que pisa. Los más fuertes, los más valerosos, los más obstinados, los más victoriosos, son los mayores, los nobles, que crean sus pequeñas monarquías con jurisdicción propia y hasta con derecho de vida y muerte sobre sus vasallos para que le sigan á la implacable guerra. El rey se encuentra en la necesidad de extender su autoridad, porque los seres sociales, como los seres orgánicos, por una fuerza interior aspiran al crecimiento. Para esto necesita destruir las autoridades diversas que lo limitan. Y para destruir las autoridades que lo limitan ha menester nuevas fuerzas. En tal situación afirma la idea de su autoridad superior, y

suscita, frente por frente de la nobleza, el estado llano. Las dos ideas son muy sencillas, pero encontrarían en la realidad muchos obstáculos. Para ennoblecer al estado llano en aquellos duros tiempos, lo llama á la guerra. Para fortificarlo, organiza su vida en municipios. Para dar á estos municipios un gran peso en la balanza social, los dota con privilegios. Y mientras él es de la sociedad feudal, y crea de esta manera al pueblo, en la cima escribe por medio de códigos el principio de su autoridad universal. Desde el momento en que los reyes ponen el pié en la llanura después de bajar de las montañas de Asturias, crean la forma municipal, como un ariete de guerra contra los privilegios aristocráticos.

Así Alfonso V escribe en el Código de 1020, dado por el Concilio de Leon, la base de las constituciones municipales. Alfonso VIII escribe el Fuero Viejo de Castilla, y mata de esta suerte la arbitrariedad de la aristocracia. Fernando III regula el derecho del estado llano á presentarse en las Córtes. Alonso X escribe el Código de la unidad monárquica. Alfonso XI confirma y fortalece

esta unidad en su doble obra legislativa y política. Pedro el Cruel lleva la tea del incendio y el puñal ensangrentado para quemar los privilegios feudales y clavar en su trono el corazón de la nobleza. Si durante los primeros tiempos de la dinastía de los Trastámaras se detiene el movimiento, Juan I y Enrique III lo comenzarán de nuevo, D. Alvaro lo impulsará con sus intrigas, hasta que Fernando V é Isabel la Católica consagrarán la definitiva victoria del poder real sobre los poderes feudales. Véase ahí una revolución de cinco siglos preparada, concluida, coronada por una institución. Pero desde principios del siglo décimo-sexto cambian las revoluciones de carácter, dejan de ser la obra de una institución para comenzar por ser la idea de una secta, continuar por ser la obra de un partido, y concluir por ser el movimiento de la sociedad. Por eso la historia moderna ha llamado con razón á nuestra edad la edad de las revoluciones.

II.

Entendemos por revolución, no el trastorno del orden sino el movimiento material de renovación que tienen las sociedades. Si muchas veces se torna en violento, es por la impureza que acompaña á toda realidad y por los obstáculos que le detienen y que lo desnaturalizan. Pero ¡qué cuadro tan maravilloso! ¡Qué drama tan interesante! Cómo las ideas toman cuerpos, cómo las pasiones se mezclan con su furia, cómo las obras surgen de la fragua de las grandes inteligencias, cómo viene sobre las olas de huracán desencadenado lluvias de sangre, y cómo, al fin, la justicia cobra sus derechos y Dios reaparece en los horizontes del alma, así á la manera del sol después de una tormenta sobre los húmedos campos, brillando con su luz mientras el aire los orea y los besa con su soplo! El hecho que parece más insignificante se eleva á la altura de un hecho ca-

pital, trascendentalísimo. Un hombre mira por el tubo de un órgano en el cual hay puestos dos vidrios, vé los objetos agrandados; por esa natural aspiración á levantar la frente, lo dirige hácia el cielo, y encuentra el telescopio, y obra una revolución en la ciencia astronómica, pues la tierra deja de ser para nosotros desde entonces el centro de las esferas. Otro hombre misterioso, á quien sus contemporáneos creen un alquimista, á las orillas del Rhin talla, en pobre choza iluminada por la luna con pedazos de vidrio, pedazos de plomos, y encuentra las letras de imprenta. Esta es una revolución en el tiempo, una conquista sobre la muerte. Una especie de misionero, de poeta, de soñador, de rústico, de iluminado, ha creído que por Occidente debe haber un camino para ir al Oriente; esta idea combate todas las nociones hasta entonces admitidas sobre la figura de la tierra. El género humano se burla de aquel profeta que promete un mundo; pero un día á la luz del sol, surge en frente de su carabela una tierra, cuyas entrañas están llenas de oro, cuyas sienes llenas de palmas, y que hasta aquel día se había

ocultado á la comunión general de la humanidad. Sobre este planeta ya redondeado, debe también, digámoslo así, redondearse el tiempo. Los grandes navegantes portugueses nos han dado el Asia; los grandes navegantes castellanos la América. La brújula ha sido el medio principal para cumplir esta revolución planetaria; pues á ella seguirá una revolución artística que nos dé el antiguo mundo del clasicismo, perdido bajo las ruinas amontonadas por los bárbaros. Un joven divino, que parece un hijo de Fidias, levantándose del polvo de los siglos al mismo tiempo que las estatuas griegas se levanten del polvo de las ruinas, realizará esta portentosa revolución artística, la apoteosis verdadera de la humanidad. Un soldado y un sacerdote, el uno en el teatro y el otro en la novela transformarán el espíritu artístico de la Edad media. Un gran poeta inglés realiza esta misma obra entre las nieblas del Norte. El nombre de Lope y el nombre de Cervantes, serán con el nombre de Shallespear, de Rafaél, de Colon, de Vasco de Gama, de Gutemberg, los planetas del Renacimiento, que iluminan la más grande, la más pura,

la más espiritual, la más magnífica de las revoluciones humanas; una revolución cuyas batallas son las batallas del espíritu, y cuyas victorias las obras más grandes del entendimiento humano.

Pero el espíritu no se mueve en una sola dirección, sino en todas; porque es un ser total, único, idéntico siempre á sí mismo. A estas revoluciones planetarias y artísticas sigue una revolución religiosa. A esta revolución religiosa que ha sembrado la tierra de huesos pero la conciencia de ideas, sigue una revolución filosófica. A esta revolución filosófica, siguen ó acompañan las grandes revoluciones políticas que, como un eco prolongado, continuo, va del cadalso de Padilla al cadalso de Egmont, del cadalso de Egmont al cadalso de Danton, llenando la historia de mártires, pero llenando también el espíritu de ideas y produciendo nuevas instituciones, nuevas leyes, una nueva sociedad. Hay revoluciones desgraciadas, que son, digámoslo así, las revoluciones de defensa; la de Padilla que tenía por objeto defender las municipalidades castellanas; la de Lanuza que tenía por objeto defender las libertades aristocráticas de

Aragón; la de la Fronda en Francia que tenía por objeto defender contra las invasiones de la monarquía el espíritu independiente de la Edad media; la de Polonia que tenía por objeto defender contra la ambición de tantos poderosos el reino campeón del catolicismo en el Norte, ese trovador y soldado, cuya alma plañidera va errante como las sombras de los griegos insepultos, por la conciencia de Europa.

Mas si estas revoluciones que tienen por objeto defender lo pasado son vencidas, en cambio triunfan definitivamente en la historia todas las que tienen por objeto preparar el porvenir. Triunfa Holanda del poder de Felipe II; triunfan los reformadores ingleses de la tradición y de la fuerza de los Estuardos; triunfa la América del Norte con sus ejércitos ciudadanos del inmenso poder de Inglaterra; triunfa el pueblo francés de su vieja monarquía y de toda Europa coaligada contra su revolución; triunfa España por milagrosa manera de Napoleon, que había enterrado su independencia, y del absolutismo, que había enterrado su libertad; triunfa la América de España, creándose

un nuevo hogar y produciendo así nuevas nacionalidades; triunfa Grecia de Turquía, aunque se deje pedazos de sus tierras entre las manos de los déspotas; triunfa Bélgica de Holanda, é Italia del Austria. El principio civil triunfa sobre el principio teocrático, y se establece la inviolabilidad de la conciencia humana y la igualdad civil de todos los ciudadanos despues de diez y nueve siglos que el Cristianismo habia establecido la igualdad religiosa de todos los hombres.

El mundo que vamos á recorrer, aunque limitado á algunos siglos en el tiempo, es infinito. Bien pudiéramos llamarle Universo. El movimiento de trasformacion llega á todas partes: los poetas lo llevan á la literatura, los pintores y los escultores á las artes plásticas, los tribunos á la política, los filósofos á las ciencias, los navegantes y los grandes inventores á la tierra, los astrónomos al cielo. Pero este movimiento ¿no tiene leyes? Las tiene, y por ellas solamente puede medirse su importancia, su trascendencia y conocerse su conjunto. Despues de todo hemos llegado en la historia á la adquisición de una profunda verdad, á

la adquisicion de que el derecho es uno como es una la justicia, como es uno el espíritu, como es una la sociedad, como es una la naturaleza, como es una la humanidad, como es uno Dios. Los pueblos que parecen más apartados, más diferentes y más diversos, trabajan en una misma obra, concurren á un mismo fin, como si todos llevaran la huella divina de la mano de su Creador en la frente y el reflejo divino de la palabra de su Creador en el espíritu; como si todos supiesen que salen del Sér Eterno y en el Sér Eterno han de resolverse despues de la consumacion de los tiempos, como el agua que sale del Océano vuelve al Océano por las filtraciones de la tierra, por la corriente de los rios, por las lluvias de las nubes; que al fin la vida es un inmenso círculo y la muerte un engañoso espejismo, porque el espíritu es infinito y la humanidad es inmortal, segun las eternas promesas del Evangelio.

Todos los pueblos guardan el recuerdo de un paraiso, y todos tienen la esperanza de la inmortalidad. La filosofía de la historia puede cambiar, segun los sistemas, pero no puede alterar esta

verdad fundamental de la unidad del género humano. Campanella verá todos los pueblos concurrir á levantar la ciudad mística del Catolicismo; Bossuet verá los antiguos preparando y los modernos cumpliendo el Evangelio como obreros infatigables; Vico encerrará la historia en la antiqüedad, dividiéndola en edades, de los dioses, de los héroes y de los hombres; Hegel señalará el mundo de la sustancia infinita, el Oriente; el mundo de la variedad infinita, Grecia; la reconciliacion de esta antinomia en Roma, y luego la unidad oriental reproduciéndose en el pontificado, y la variedad griega en el germanismo, y la reconciliacion de estas dos antinomias en las sociedades que salen de las revoluciones modernas; Fourrier podrá contar las épocas de inocencia, de fuerza salvaje, de patriarcado, de civilizacion, de parantismo, hasta esperar que el mundo entre en armonía; pero todos reconocerán, así que mediten un poco, la historia; todos proclamarán, por consiguiente, la unidad fundamental del género humano.

En efecto, cuando se han estudiado las ruinas

de las ciudades asiáticas; cuando se han comprendido los geroglíficos egipcios; cuando se han visto los dólmenes celtas, así en las selvas de las Gálias como en las rientes riberas de las Baleáres y en los campos de Italia; cuando por el estudio de las mitologías se ha alcanzado á distinguir que el culto de la luna así estaba entre los griegos de Efeso como entre los iberos de España, la ciencia ha convenido en proclamar que una teocracia universal ha mecido la cuna de todas las naciones y las ha iniciado á todas en los misterios de la vida.

Pero esta inocencia se desvanece pronto. La guerra estalla; la aristocracia militar sucede en todas partes á la aristocracia teocrática. El sacerdocio no se salva sino conviniendo en la creacion de las castas, es decir, en la distribucion, en la reparticion de su autoridad. La esclavitud se funda, y con ser una institucion tan abominable, todavía es un progreso sobre la inmolacion de los extranjeros, sobre los sacrificios humanos. Mas la humanidad, dolorida por tantos trabajos, en todas partes cree en su degeneracion, en su

decadencia, en su pecado, y en todas partes resuena desde las nubes una maldición sobre el trabajador y sobre el trabajo.

Pero bien pronto se abre un volcan inmenso en el seno de esas cordilleras sociales que se llaman las castas. El trabajo es rehabilitado por el heroismo, aunque la esclavitud quede como queda siempre la sombra de lo pasado en el fondo de lo presente. Las repúblicas griegas tienen el heroismo del arte y de la política; los pueblos fenicios, el heroismo de la navegacion; los pueblos cartagineses el heroismo del comercio. Una série maravillosa de colonias se extiende como un collar de perlas por las riberas del Mediterráneo, ese mar de la civilizacion. El indigena oye salir de aquellas colonias una voz misteriosa que le atrae. Una legion de Hércules purga la tierra de mónstruos.

Pronto, muy pronto el género humano recogerá la abundante cosecha de este titánico trabajo. Pronto, muy pronto la razon humana madurará en esta tierra que ha sido vencida, domada, convertida en su habitacion ó si se quiere en su

templo. El espíritu ha pasado de la edad teocrática en que predomina el sentimiento, como en la infancia, á la edad guerrera en que predomina la fuerza, como en la juventud. Pero no se detiene aquí esta lenta revolucion que va transformando las sociedades antiguas. La inteligencia amanece, las ideas generales, que son su obra, se formulan en leyes; los ídolos de los antiguos templos vacilan en sus altares; la razon humana va considerando las mitologías como una alucinacion del entendimiento en su niñez y dejándolas para las muchedumbres como una luz artificial en la noche de su ignorancia; los velos de Isis se rasgan entre las manos de audaces conquistadores; las palabras de los oráculos del Delfos son substituidas por Sócrates con las ideas de la conciencia; los filósofos vienen en tropel á estudiar los abismos del cielo y de la tierra, las profundidades del espíritu humano. Sus sentencias son máximas que se van elevando á códigos. La reforma filosófica está en todas partes, en Grecia con Sócrates, en Persia con Zoroastro, en China con Confucio, en la India con Buda, en Roma con Nu-

ma, ese discípulo de Pitágoras. Y como resultado de todo este gran movimiento quedan dos pueblos mayores en el mundo, un pueblo de artistas y de filósofos, Grecia, que escribe y propaga las ideas, y otro pueblo de soldados y de juriconsultos, Roma, que las formula en leyes y las arroja desde su carro de guerra á todas las naciones.

Pero no basta con que las ideas filosóficas entren en los códigos; se necesita que se regularicen pronto en la conciencia de los pueblos. Para esto es necesaria una religion universal, una religion de paz y de amor, una religion de igualdad, una religion que confunda el espíritu humano con el espíritu divino, y dé al hombre la fuerza de la eternidad. Por todas partes se siente la necesidad de esta revolucion, y se ve al espíritu humano aspirando á ella con una fuerza invencible. Plutarco cuenta que en las riberas de Grecia y en las riberas de Italia lloraban en su tiempo las olas alteradas la muerte de los dioses. La Nereida expresaba los dolores de la agonía en su urna de cristal y en su lecho de espuma. Vir-

gilio sueña con nuevas edades en que la tierra pierda sus espinas, los tigres su fiereza, el mar su amargura, y los lirios nazcan espontáneamente bajo las plantas del hombre y espontáneamente brote la justicia en su conciencia. Cuando Vespasiano volvía de Oriente, los templos egipcios le abrían las puertas creyéndole un redentor. Sectas enteras se fundaban en Judea apercibiéndose á recibir al redentor, á esperar la redencion. Los desiertos se poblaban de cenobitas y las ciudades de profetas. El angelical Cricna aparecia en la India. Estátuas se levantaban á Joe en la China. El disgusto del mundo se apoderaba de las almas y la sed inextinguible del martirio. Entonces se divinizó el dolor, la paciencia, la resignacion; se elevaron á la igualdad religiosa el esclavo y el señor, se fundó el dogma de la fraternidad entre todos los hombres y se propuso como ideal eterno la perfección absoluta de Dios. Y el mundo antiguo, despues de haber pasado por estas grandes revoluciones, pereció, dejando un testamento para el espíritu, el Evangelio, y otro testamento para la sociedad, el Derecho romano.